

**MANUEL CHAVES NOGALES  
EN DEFENSA DE VALLE-INCLÁN:  
UN DISCREPANTE PARA LA REPÚBLICA**  
**Contexto y análisis del artículo**  
*Don ramón, «enchufista»*

MANUEL CHAVES NOGALES IN DEFENSE OF VALLE-INCLÁN:  
A DISCREPANT FOR THE REPUBLIC  
Context and analysis of the article *Don ramón, «enchufista»*

CARLOS JAVIER AVILÉS LÓPEZ  
Universidad Autónoma de Madrid  
javileslop@gmail.com

Fecha de Recepción: 20-04-2017  
Fecha de Aceptación: 19-02-2018

RESUMEN

El presente trabajo no es sino un intento de definir y explicar las razones que llevaron al periodista Manuel Chaves Nogales a publicar el artículo «Don Ramón, “enchufista”», en el que no sólo defendía la candidatura de Ramón del Valle-Inclán para la dirección de la Academia Española de Bellas Artes de Roma, sino que, fundamentalmente, reivindicaba la importancia de la figura del escritor gallego, independiente e iconoclasta, para una República que se quería democrática. Para tal fin, estudiaremos las circunstancias personales por las que atravesaba el escritor, la relación entre éste y el periodista sevillano, el momento histórico en que se publicó el artículo de Chaves y, finalmente, las posiciones que adoptaron uno y otro ante los grandes acontecimientos de su tiempo en base a sus respectivas ideas y temperamentos; de manera que también consigamos entender un poco mejor el carácter y el pensamiento de estos dos singulares personajes.

**PALABRAS CLAVE:** Chaves Nogales, Valle-Inclán, Academia de Bellas Artes de Roma, II República española.

## ABSTRACT

This work is an attempt to define and explain the reasons that prompted the journalist Manuel Chaves Nogales to publish the article «Don Ramón, “enchufista”», in which he not only defended the candidacy of Ramón del Valle-Inclán for the Direction of the Spanish Academy of Fine Arts of Rome, but also, and fundamentally, claimed the importance of the Galician writer’s independent and iconoclastic figure, for a Republic that wanted to be democratic. For that purpose, we will study the personal circumstances of the writer in that time, the relationship between him and the Sevillian journalist, the moment of History in which the article was published and finally, the positions they both took before the great events of their time according to their respective ideas and temperaments; so that we also come to better understand the character and the thinking of those two singular figures.

**KEY WORDS:** Chaves Nogales, Valle-Inclán, Fine Arts Academy of Rome, Spanish II Republic.

## 1. INTRODUCCIÓN

Cuando apareció en el diario *Ahora* el artículo de Manuel Chaves Nogales «Don Ramón, “enchufista”», el 1 de febrero de 1933, Ramón del Valle-Inclán tenía 66 años y convalecía en el hospital de la Cruz Roja de Madrid de la enfermedad de vejiga que llevaba media vida castigándolo. Además, acababa de separarse de su esposa y no estaba en muy buena situación económica. Ésa era, precisamente, una de las razones por las que hacía meses que ambicionaba el puesto de director de la Academia Española de Bellas Artes de Roma, cuyo proceso de elección había dado comienzo a finales de enero, unos días antes de la publicación del artículo de Chaves Nogales. En dicho artículo el periodista sevillano no sólo apoyaba la candidatura de Valle-Inclán para el puesto, sino que reivindicaba la importancia de la figura del «irreverente e iconoclasta» escritor gallego para la joven República española (1933: 7).

El presente trabajo no es sino un intento de definir y explicar las razones que llevaron a Chaves Nogales a defender la figura de Valle-Inclán a través del análisis de las circunstancias personales por las que atravesaba el escritor, la relación entre éste y el periodista sevillano, el momento histórico en que se publicó el artículo de Chaves y, finalmente, las posiciones que adoptaron uno y otro ante los grandes acontecimientos de su tiempo en razón de sus respectivas ideas y temperamentos; de manera que también consigamos entender un poco mejor el carácter y el pensamiento de estos dos singulares personajes.

## 2. SITUACIÓN PERSONAL: EL *ANNUS HORRIBILIS* DE VALLE-INCLÁN

Como ya hemos dicho, Valle-Inclán se encontraba en el hospital cuando Chaves Nogales publicó el artículo en defensa de su candidatura. Había sido ingresado el 10 de enero por orden del doctor Pascual, su urólogo y compañero ateneísta, para realizarle una serie de in-

tervenciones en las que, presumiblemente, le extirpó los tumores que tenía en la vejiga, que eran la causa del reciente agravamiento de su estado de salud y la fuente de sus tormentos desde hacía años (ALBERCA, 2015: 588). La convalecencia del escritor duró más de dos meses. De modo que seguía hospitalizado cuando, el 8 de marzo de 1933, el presidente de la República, don Niceto Alcalá-Zamora, firmó el decreto por el que finalmente don Ramón era nombrado director de la Academia Española de Bellas Artes de Roma (SANTOS, 2010: 105). Sus partidarios, Chaves Nogales entre ellos, habían triunfado tras una larga campaña, que había durado meses, y que coincidió con una de las peores épocas de la vida del escritor gallego.

### 2.1. El divorcio: celos e hidalguía

Valle acabó el año 1932 con tan mal pie como había comenzado 1933. El 28 de diciembre se había hecho público el fallo de su juicio de divorcio. El tribunal dictaba la separación del matrimonio, encontraba a Valle culpable de desamparo de la familia y de conducta inmoral y deshonrosa, y sus cuatro hijos menores quedaban bajo la custodia de su mujer, Josefina Blanco. La pensión que debía pagarle a ésta se fijó meses después en 2.500 pesetas mensuales, una cantidad muy alta teniendo en cuenta que don Ramón seguía pagando el colegio de sus hijos (ALBERCA, 2015: 586). Esto supuso un pesado lastre para Valle, cuya situación económica no era ya de por sí boyante en aquellos momentos, como veremos más adelante.

No cabe duda de que, independientemente de que fuese o no culpable, la principal causa de tan desfavorable sentencia fue la decisión de Valle de no presentarse al juicio. Alberca (2015: 583) asegura que la idea que tenía de su propia «hidalguía» era incompatible con presentarse a un juicio como un «plebeyo» más o con interponer un abogado en su defensa<sup>1</sup>. En cuanto a la justicia de la sentencia, existen divergencias sobre si el escritor incurrió en abandono del hogar, pero no parece justificada la condena por conducta inmoral y deshonrosa para con su mujer a tenor de los testimonios de los amigos de la pareja y de las propias cartas de Josefina de esa época, que dejan de manifiesto cierto desequilibrio emocional. Concretamente, padecía unos celos<sup>2</sup> a todas luces injustificados si tenemos en cuenta la edad y el estado de salud del escritor<sup>3</sup>, que la llevaron hasta el extremo de oponerse a cualquier movimiento de sus amigos comunes a favor de la candidatura de su marido para

---

<sup>1</sup> Por otra parte, el hecho de que la representante de Josefina en el pleito fuese Clara Campoamor, que había contribuido decisivamente como diputada a la aprobación ese mismo año de la Ley del Divorcio en el Congreso, tampoco ayudó al escritor, quien, si bien como ciudadano se mostraba a favor de dicha ley por considerarla una consecuencia natural de la separación de Iglesia y Estado, como cristiano la rechazaba (ALBERCA, 2015: 565, 583).

<sup>2</sup> Alberca (2015: 580) refiere, de acuerdo con el testimonio de Concha Lagos, una conversación entre Josefina y Ruiz Contreras, amigo de la familia, que puede darnos una medida aproximada de los celos de Josefina Blanco: Contreras, maliciosamente, arguyó que la pasión de las mujeres por don Ramón estaba fundamentada en su larga barba, a lo que Josefina, incapaz de descubrir la burla, respondió: «¡La barba, claro, la barba! ¡Al menor descuido se la corto!».

<sup>3</sup> La propia Josefina se refería a su esposo en una carta a Luis Ruiz Contreras como «Tenorio averiado» (RUBIO y DEAÑO, 2011: 165).

la dirección de la Academia de Roma, ya que temía que su marcha a la Ciudad Eterna fuese una excusa para continuar la vida licenciosa de Bradomín que le imaginaba.

## 2.2. La dimisión como conservador del Patrimonio Artístico Nacional: un funcionario sin función

Por otra parte, la demanda de divorcio, presentada en junio de 1932, coincidió con la renuncia de Valle-Inclán a su puesto como conservador del Patrimonio Artístico Nacional y director del Museo de Aranjuez. Manuel Azaña (2000: 534) dejó escrito en sus diarios lo siguiente sobre este asunto:

*Valle Inclán ha dimitido el cargo que le dimos el año pasado. Estaba sin un céntimo y no tenía ni para comer. Inventé para él una función: la de conservador del Patrimonio Artístico, con 24.000 pesetas. El Gobierno lo aceptó y fue nombrado. Ni siquiera me dio las gracias. No tenía nada que hacer, y pasados unos meses hubo que asignarle una ocupación. Se le dijo que atendiera al palacio de Aranjuez. Al punto riñó con la Junta de patronato de lo que fue patrimonio de la Corona, y con sus pretensiones de autócrata, comenzó a dar órdenes arbitrarias y disparatadas que nadie tenía obligación de obedecer. Han ocurrido con este motivo, cosas muy pintorescas, como en todo lo que aparece Valle-Inclán. Al mismo tiempo su mujer le ha plantado el divorcio, y el juez ha ordenado que se le retenga a Valle la mitad del sueldo de su cargo. Furioso Valle ha dimitido, alegando que no se lo dejaba funcionar a gusto; pero en realidad para que su mujer no cobre nada de su sueldo. Valle es así, y como le gusta hacerse la víctima, el mismo día que puso la dimisión, delante de unos amigos envió el reloj a empeñar.*

No obstante, como en la película *Rashōmon*, de Akira Kurosawa, la historia de la renuncia de Valle-Inclán cambia notablemente dependiendo de cuál de sus protagonistas la cuenta. Lo cierto es que Azaña, que había querido procurarle un sueldo fijo a Valle que aliviara la penosa situación económica en que se encontraba tras la quiebra de la CIAP<sup>4</sup>, sabía desde el momento en que su nombramiento fue aprobado que un hombre tan orgulloso como Valle-Inclán no se resignaría a ocupar un cargo vacío de responsabilidad como aquél<sup>5</sup>. «Me nombraron para darme un «comedero», pensando que mientras comía me estaría callado», le contaba tras su dimisión el escritor a Josefina Carabias, quien explica que, precisamente por atravesar por una difícil situación económica, «su dignidad se mostraba más sensible que nunca» y no aceptaba limosnas de nadie (1980: 169-170). Valle-Inclán no era Max Estrella<sup>6</sup>. Aunque bien es cierto que él también fue ingenuo al esperar que el Gobierno, en una situación tan complicada como la de aquellos primeros años de la República,

<sup>4</sup> Editorial fundada por Ignacio Bauer que pagaba a sus escritores unas «cifras fantásticas» que, por lo demás, llevaron a su fundador a la ruina (CARABIAS, 1999: 90).

<sup>5</sup> Tras ser aprobado su nombramiento por el Congreso, Valle, ilusionado con su nuevo cargo, esperaba al presidente en uno de los salones de las Cortes para explicarle sus planes: «Hemos estado de conversación casi dos horas, haciéndome perder un tiempo precioso. Política, arte, planes que piensa desarrollar, etcétera, etcétera. Todo ello concluirá probablemente con una dimisión ruidosa» (AZAÑA, 2000: 239).

<sup>6</sup> En la escena octava de *Luces de bohemia* el ministro le ofrece a Max un sueldo vitalicio que éste acepta con resignación: «¡Qué remedio!» (VALLE-INCLÁN, 1993: 126-127).

se arriesgara a concederle a alguien tan propenso a generar polémicas un verdadero poder ejecutivo. Como señala Alberca (2015: 569), el final era previsible, ya que «ni Valle-Inclán podía abdicar de su dignidad y honor para convertirse en «funcionario sin función», ni el Gobierno estaba dispuesto a darle la menor competencia». Y, como Azaña había predicho<sup>7</sup>, la cosa acabó mal. En cuanto Valle comprendió que ningún subordinado seguía sus órdenes de cerrar el Palacio de Aranjuez para protegerlo de las visitas masivas y hacer inventario de sus tesoros, escribió a Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública, y le comunicó su intención de dimitir si no se hacían cumplir inmediatamente sus dictámenes. De los Ríos le pidió que no se precipitara, le habló de un nuevo puesto y le dijo que siguiera cobrando su nómina. El escritor rechazó ambas cosas y dimitió<sup>8</sup>.

### 2.3. El camino a Roma: esperpento e intrigas

Es entonces cuando aparece Roma en el horizonte de sus ambiciones. Según Alberca (2015: 575), es posible que fuese el mismo Azaña quien le hablara a Valle tras su dimisión de la plaza vacante de director de la Academia de Bellas Artes de Roma, y que se hubiera comprometido a ayudarlo a conseguir el puesto. Sin embargo, su interés por el mismo no era nuevo. De acuerdo con el testimonio de Carabias (1999: 99-100), a finales del invierno de 1931 alguien le preguntó a Valle en el Ateneo por el cargo que le gustaría ostentar cuando llegase la República. Descartado el puesto de embajador en el Vaticano porque la República, según él, habría de romper con la Iglesia, declaró su interés por la dirección de la Academia de Bellas Artes de Roma: «Creo que haría una buena labor orientando a los muchachos que van pensionados a Italia y se encuentran luego allí con los burócratas que manda el Gobierno».

La cuestión era que a Valle le interesaba el puesto y ahora estaba a tiro. De modo que empezó a movilizar a sus amigos para que le ayudasen a conseguir su objetivo<sup>9</sup>. Durante esa campaña Valle ofreció una imagen patética de su situación personal, que, de acuerdo con Alberca (2015: 573), era exagerada. Si bien su situación económica no era buena tras la dimisión de junio y sus problemas de vejiga, que sufría desde hacía años, se habían agravado, su situación real no alcanzaba el dramatismo que reflejaba en las cartas a sus amigos y en sus declaraciones a la prensa<sup>10</sup>. No era Max Estrella, pero a veces se dejaba confundir con él.

<sup>7</sup> Ver nota 5.

<sup>8</sup> Cuenta Gómez de la Serna (1959: 192) que de los Ríos no declaró cesante a don Ramón y le mandaba a alguien a su casa para que le llevara su salario todos los primeros de mes, pero Valle gritaba desde su despacho: «¡Echad a la calle a ese bandido que quiere corromper mi dignidad!». No obstante, en el libro de Gómez de la Serna no son extrañas las inexactitudes, y Alberca (2015: 571) señala que es posible que, a pesar de todo, Valle acabase aceptando ese dinero.

<sup>9</sup> Pío Baroja dijo tras la muerte de Valle en el diario *Ahora* (ANÓN., 1936: 6): «Lo que no puede negarse es su gran fuerza de voluntad, su energía. Habría conseguido cuanto se hubiera propuesto».

<sup>10</sup> Esto decía en una carta a Ruiz Contreras el 27 de julio: «Ayer empeñé el reloj. Ya no sé la hora en que muero. Como tengo que cocinar para los pequeños el fogón acaba de destrozarme la vejiga. Ni salud, ni dinero, y los amigos tan raros» (RUBIO y DEAÑO, 2011: 125-126). En esa misma carta asegura que había reunido a sus hijos para decirles que tendría que ingresarlos en un asilo.

Entre octubre y enero el escritor concedió sendas entrevistas a *La Voz* (ALBERCA, 2015: 573), *La Libertad* y el *Heraldo de Madrid* (SANTOS, 2010: 48-54, 77) en las que se quejaba abiertamente de su salud y aseguraba que la vida en la capital de Italia le aliviaría sus males. Además, confesaba que necesitaba alejarse de Madrid, «borrar sombras y preocupaciones», y dedicarse a escribir tres nuevos episodios del *Ruedo Ibérico* que ya tenía en mente. A su vez, iban apareciendo artículos en la prensa de amigos y admiradores que contribuían a generar esa imagen de náufrago dejado a su suerte por la República<sup>11</sup>. Y también se sucedían las intercesiones de los amigos del escritor, Ignacio Zuloaga entre los más activos, ante los miembros de las instituciones que debían presentar su candidato para el puesto: el Consejo Nacional de Cultura, los Patronatos del Museo del Prado y el Museo de Arte Moderno, la Academia de Bellas Artes de San Fernando y el Centro de Estudios Históricos.

Finalmente, en enero de 1933 se puso en marcha el proceso de elección, y con él se intensificaron las intrigas a favor y en contra de la candidatura del escritor. El propio Valle, por ejemplo, escribió a Gregorio Marañón, miembro del patronato del Prado, para recriminarle su pretensión de que el escultor Victorio Macho ocupase la dirección de hecho en Roma con el escritor como director nominal en Madrid: «Suya es la intriga para poner las cosas en forma de que no me sea posible aceptar con decoro el nombramiento, si llegase el caso» (SANTOS, 2010: 90). Asimismo, había quien se oponía frontalmente a su nombramiento, como Margarita Nelken, miembro del patronato del Museo de Arte Moderno, quien el 27 de enero de 1933 escribía una carta dirigida al resto de los miembros de dicho patronato en la que calificaba de «indigno» que se le quisiera dar el cargo a Valle y defendía que el candidato debía ser un artista plástico, concretamente, Macho (SANTOS, 2010: 80-81). A este respecto, Valle argumentaba en la citada carta a Marañón que la elección de un artista para el puesto sería contraproducente, ya que el carácter iconoclasta de los pensionados los llevaba frecuentemente a discutir y denigrar el trabajo del director, con la mala imagen que ello daba a la institución (SANTOS, 2010: 90).

### 3. LA RELACIÓN DE VALLE-INCLÁN Y CHAVES NOGALES: 250 PESETAS

Y así estaban las cosas cuando Chaves Nogales decidió escribir su artículo en apoyo a la candidatura del escritor. En cuanto a su motivación, parece improbable que lo hiciera a petición del propio Valle-Inclán o de alguien de su entorno, pues su relación con él no era tan estrecha. Sí que resulta verosímil, en cambio, que Manuel Azaña le pidiera que mostrase su apoyo a Valle, pues no era extraño que el presidente acudiera al periodista, de quien hacía tiempo que era amigo (AZAÑA, 2000: 908), para que *Ahora*, periódico del que Chaves era subdirector<sup>12</sup>, le echase un capote al Gobierno en determinados momentos

<sup>11</sup> Valga como ejemplo el que firmaba Rosa Archinaga, periodista peruana afincada en Madrid y amiga de Ruiz Contreras, en *Mundo Nuevo* el 28 de octubre, en el que urgía al Gobierno a que pusiera remedio a la precaria situación en que se encontraba el escritor antes de que en América descubrieran «cómo se le abandona en España» (ALBERCA, 2015: 578). Este artículo, por cierto, le mereció a su autora un par de cartas de reproche de la celosa Josefina.

<sup>12</sup> El director era Luis Montiel, propietario, pero era Chaves Nogales quien ejercía *de facto* la dirección.

(CINTAS GUILLÉN, 2011: 135-137). Sin embargo, lo más probable es que la iniciativa partiera del propio periodista, que tenía trato personal con Valle y cuya admiración por él era manifiesta.

La primera noticia que tenemos de la relación de Chaves Nogales y Valle-Inclán es de 1927, cuando el escritor gallego comenzó a colaborar en el *Heraldo de Madrid*, diario del que Chaves Nogales era redactor jefe por entonces. Allí publicó Valle entre el 28 de marzo y el 20 de abril su novela *El coto de los Carvajales* (SCHIAVO, 1990: 143). El 1 de julio de ese mismo año, también en el *Heraldo*, Chaves publicaba una crítica de *La corte de los Milagros* (CHAVES NOGALES, 2013: 1280-1283) en la que alababa el empeño de Galdós, Baroja y el propio Valle-Inclán en novelar la vida española del siglo XIX y aseguraba que le parecía «lo más acertado y perdurable de nuestra literatura». Asimismo, elogiaba el estilo del escritor gallego: «A Valle-Inclán, que tiene el don de ennoblecer las palabras, levantarlas y consagrarlas como hostias, le basta un adjetivo, una oración de relativo, lo más nimio, para crear un ser y echarlo a andar». Y remataba la pieza con un entrañable *argumentum ad verecundiam*, siendo la autoridad invocada una «viejecita iletrada» que dedicaba sus últimos años a leer los libros de la «exigua y arbitraria» biblioteca del propio periodista, y a la que sólo había visto mostrar entusiasmo por *La feria de los discretos*, de Baroja, y *La corte de los Milagros*: «Esto es, esto es —decía alborozada golpeando los libros cariñosamente».

Pero, más allá de la admiración del periodista sevillano por Valle-Inclán y de su relación profesional, existía entre ellos una buena relación personal. En mayo de 1928 a Chaves le fue otorgado el premio Mariano de Cavia por su reportaje sobre la aviadora Ruth Elder, y Valle acudió a la comida en homenaje al periodista que organizaron sus compañeros de redacción (CINTAS GUILLÉN, 2011: 86). El 12 de mayo de 1928 el *Heraldo* publicaba la noticia de la concesión del premio a su redactor jefe en primera página, y la acompañaba de una fotografía en la que el galardonado aparece sentado junto al escritor gallego. En la reproducción de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España la imagen aparece borrosa, y la cabeza del escritor, con su larga barba y sus anteojos, parece un fuego fatuo que flota junto a un Chaves Nogales vestido de etiqueta para la ocasión<sup>13</sup>. Por su parte, Chaves no sólo acudió al banquete ofrecido en homenaje a Valle-Inclán en junio de 1932 con la excusa de celebrar el éxito de *Tirano Banderas*<sup>14</sup>, sino que ayudó a organizarlo (CINTAS GUILLÉN, 2011: 143). Lo cual nos da una idea de la buena relación que había entre ambos. Pilar Chaves, hija del periodista, le contaba a María Isabel Cintas (2011: 118) que el escritor gallego había visitado en varias ocasiones la casa de la familia en el ático del edificio en el que se encontraba la redacción de *Ahora*, en la madrileña Cuesta de san Vicente. «Mi padre era muy acogedor y le gustaba traer a gente a casa», asegura.

Para Chaves Nogales era muy importante que en los periódicos que dirigía aparecieran firmas de prestigio intelectual. Así que cuando dejó el *Heraldo de Madrid* para ponerse al

<sup>13</sup> Mucho más nítida es la reproducción de la fotografía que aparece en el segundo volumen de la *Obra Narrativa Completa* del periodista (CHAVES NOGALES, 1993 II: 848).

<sup>14</sup> En realidad se trataba de un acto de desagravio porque la Real Academia le había negado a dicha obra el premio Fastenrath.

frente del nuevo proyecto de Luis Montiel, *Ahora*, procuró que en él aparecieran los nombres más importantes del momento: Baroja, Unamuno, los hermanos Machado, *Gaziel*, Gómez de la Serna... y, naturalmente, Valle-Inclán (CINTAS GUILLÉN, 2011: 115), cuyas colaboraciones en *Ahora* consistían, o bien en novelas cortas publicadas por entregas, o bien en artículos de tema histórico y político. La primera de estas colaboraciones apareció precisamente un par de días después de ser nombrado director de la Academia de Roma, el 12 de marzo de 1933: se trataba de la primera entrega de una versión de su novela corta *El bastardo Narizotas* publicada esta vez bajo el título «Correo diplomático», cuya segunda y última entrega fue publicada una semana después (LAVAUD-FAGE, 1992: 42-43). Asegura Fernández Almagro (2007: 196) que el contrato de colaboración con *Ahora* llegó en un momento de «máximo ahogo económico» para el escritor, pero la verdad es que con el nombramiento como director de la Academia de Roma dicho estado debía verse ya más aliviado. En cualquier caso, su marcha a Roma puso fin a este breve periodo de colaboración con el periódico. Y no sería hasta su regreso, y después de llevar ya unos meses recuperándose de sus problemas de vejiga en el sanatorio del doctor Villar Iglesias en Santiago, a mediados de 1935, cuando Valle-Inclán comenzaría a colaborar asiduamente en *Ahora*. El 2 de junio de ese año el diario publicaba una semblanza del escritor y anunciaba su incorporación como colaborador habitual. Entre esa fecha y el 2 de octubre de ese año, Valle publicaría trece artículos de contenido histórico y político, hasta que el agravamiento de su enfermedad le impidió seguir escribiendo (LAVAUD-FAGE, 1992: 52-56).

Por cada uno de sus artículos Valle recibió 250 pesetas, más 500 que en noviembre Chaves Nogales ordenó que le girasen por las dos primeras entregas de la novela *El trueno dorado* (VALLE-INCLÁN, 2008: 271-272), que el periódico no llegaría a publicar nunca. Don Ramón había comenzado a escribir la novela a principios de 1935, y ya en mayo le había propuesto por carta a Chaves su publicación. El periodista le mostraba al célebre escritor en su respuesta (VALLE-INCLÁN, 2008: 271) su entusiasmo por la idea: «Tengo verdadero deseo de ver su firma en *Ahora*». Sin embargo, le exponía el temor de que lo que Valle le proponía fuese «plato demasiado fuerte» para los lectores de *Ahora*, entre los que, según Chaves, había «muchos mojigatos» a los que no quería escandalizar: «Ya sabe usted, mejor que yo, lo que es un gran diario del signo del nuestro». Aún así, le dice que se la mande, que ya verá él la forma de publicarla «con los honores debidos». Pero no sería hasta noviembre cuando Valle le enviara los dos primeros capítulos de la novela. Chaves le escribió comunicándole que no había ningún problema con publicar los capítulos tal y como se los había enviado (VALLE-INCLÁN, 2008: 272). Sin embargo, le preocupaban los plazos de publicación: «Lo malo es que la publicación, aunque sea semanal, le alcanzará a usted en seguida. Con este temor no me he atrevido a darla no obstante haberla anunciado». Aunque, como hemos visto, ordenó que se le pagaran esas dos entregas de todas formas. Y añadía: «Si usted cree poder terminarla en dos, tres, cuatro semanas acometeremos inmediatamente la publicación».

Lamentablemente, Valle ya no volvería a enviar ninguna nueva entrega de su novela a Chaves, y su artículo del 2 de octubre sería lo último que publicaría en vida. El cáncer de su vejiga ya tenía contados los días que le quedaban al escritor y les puso fin el 5 de enero de 1936 en Santiago de Compostela, en el sanatorio del doctor Villar Iglesias. Dos días más tarde, *Ahora* publicaba la noticia de su muerte, así como un editorial sin título ni firma que,

no obstante, por su estilo, bien puede ser obra de Chaves Nogales, a pesar del lenguaje algo inflamado, que, por otra parte, no es extraño en una necrología. Dice el editorial (ANÓN., 1936: 4) que apenas hacía cinco días que Valle les había escrito una carta: «Nos decía don Ramón con su verbo tremante que quería volver a escribir. “Escribiré artículos..., terminaré la novela...; quiero volver a escribir...”». Y asegura que, pese a ser su obra extraordinaria, la figura del propio escritor la superaba:

*Todavía, los que hemos presenciado el milagro de su palabra y hemos visto con ojos asombrados que cuando él, desde su diván del café, decía «Sésamo», la puerta infranqueable de lo sobrenatural se abría, podremos decir la fuerza sobrehumana de su espíritu; pero cuando pasen los años y los que tuvimos el privilegio de ser sus contemporáneos y amigos no podamos sentir hondamente aquella inefable sensación que su verbo producía, lo mejor de Valle-Inclán, lo que le hacía ser un personaje fabuloso, se habrá perdido para siempre y nadie comprenderá ya cómo era.*

Ese afán por dejar testimonio de lo que se ha visto y vivido ya lo expresaba Chaves en su crítica sobre *La corte de los Milagros* antes citada (2013: 1280-1283), lo cual refuerza la hipótesis de que él sea el autor del editorial.

#### **4. «DON RAMÓN, “ENCHUFISTA”», UN ALEGATO CONTRA EL SECTARISMO**

En cualquier caso, todo esto ocurriría casi tres años después de la publicación del artículo de Chaves Nogales. En aquel momento Valle-Inclán no las tenía todas consigo para ocupar el cargo al que aspiraba y, como hemos visto, pasaba por una mala época: estaba ingresado en el hospital, acababa de perder el juicio de su divorcio y su situación económica no era precisamente buena. No obstante, en su artículo, Chaves (1993: 7) no hace mención alguna a la difícil situación personal en que se encontraba don Ramón. No lo convierte en una figura patética digna de piedad, sino que, por el contrario, apela a su «superioridad indiscutible» para el cargo de director de la Academia de Roma, rechaza la intervención de la política en la vida cultural de la joven República española y recrimina a quienes se oponen al nombramiento del escritor gallego por motivos políticos su fariseísmo, y a los que lo hacen por venganza, su cobardía, en contraposición a la «iconoclastia heroica» de Valle-Inclán.

##### **4.1. Si don Ramón fuera francés...**

Curiosamente, de esos argumentos es en el de la idoneidad de Valle para el cargo en el que Chaves hace menor hincapié. No obstante, es claro al respecto. Funda su defensa en la excelencia intelectual del escritor gallego y alude a la recurrente idea de la falta de prestigio de los literatos en España<sup>15</sup> (1993: 7):

<sup>15</sup> Esta idea bien puede haberla heredado Chaves de Larra (2006: 192, 390), a quien el periodista sevillano admiraba y consideraba un referente (CINTAS GUILLÉN, 2011: 78).

*Creo firmemente que si Francia hubiese tenido un hombre del volumen genial de don Ramón, a estas horas el mundo estaría lleno con sus barbas y habría peregrinaciones de los más apartados rincones de la Tierra para verle y oírle. ¿Eficacia de don Ramón en el servicio? ¿Es que al lado de ningún otro hombre de España aprenderían mejor los alumnos de la Academia de Roma el hondo sentido de la españolidad?*

Este argumento está en la línea del que esgrimía meses antes en una entrevista en *La Voz* Ignacio Zuloaga: «Don Ramón es un artista único, genial, y esto es lo que interesa. Su cultura inmensa y su palabra y su pluma únicas y maravillosas mostrarán a los pensionados el mundo tal y como ellos deben ver» (SANTOS, 2010: 39). Por otra parte, el interés y el conocimiento de Valle en el campo de las artes plásticas eran patentes, como prueban las dos series de artículos que publicó en *El Mundo* y *Nuevo Mundo* sobre las exposiciones de Bellas Artes de 1908 y 1912 respectivamente.

#### 4.2. El extravagante ciudadano

Mucho mayor énfasis pone Chaves Nogales en condenar a aquellos que arguyen razones políticas contra la elección del escritor gallego, como ya anuncia el sarcástico título del artículo, o los que le guardan rencor por sus ofensas, en las que Valle era realmente fecundo: «Navegan a favor de corriente los que le regatean el cargo. ¡Es tan vulnerable don Ramón! ¡Ha molestado a tanta gente!» (1933: 7). Y asegura que, en «esa feria de los discretos» en la que se estaba convirtiendo la República, Valle tenía todas las de perder (1933: 7):

*No está afiliado a ningún partido político; no es republicano de toda la vida; en cuanto se descuide le tirarán a la cara que fue carlista; [...] no ofrece, en fin, ninguna garantía de que en el cargo que se le otorgue podrá contar la República con un servidor disciplinado y diligente.*

Efectivamente, Valle-Inclán no militaba en ningún partido, aunque en las elecciones de 1931 su nombre estaba en las listas del Partido Radical de Lerroux para el Congreso. Pero, a diferencia de Unamuno o Azorín, no consiguió escaño. En cualquier caso, nunca militó en el Partido Radical, y su apoyo a Lerroux se desvanecería con la misma facilidad con la que había aparecido (LIMA, 1988: 189, 345). Como veremos, determinar cuáles eran las inclinaciones políticas de Valle-Inclán, o si éstas existían en absoluto, no resulta sencillo. Quizá sea Azaña (2000: 136) el que haya hecho la observación más acertada al respecto:

*En el fondo, ¿quién sabe lo que piensa Valle acerca de nadie ni de nada? Le he oído sostener, siempre con brillantez y muchísima gracia, las opiniones más contradictorias. Realmente, Valle es por inclinación natural un tradicionalista. Su carlismo no fue una posición estética, como se ha dicho después. Cuando no está muy sobre sí (casi siempre lo está), me divierte sorprender aquella inclinación.*

¿Cómo explicar entonces su apoyo a la República? Josefina Carabias (1999: 89) especula que era precisamente el carlismo lo que llevó a Valle a oponerse a Alfonso XIII, «por ser hijo y nieto de quien era»: «De ahí a sentirse republicano no había más que un paso».

Por otra parte, asegura que «si de verdad don Ramón era carlista, lo era de Carlos VII, es decir, el de la segunda guerra, más pobre, más desafortunada e infinitamente más romántica que la primera»<sup>16</sup> (1999: 88).

No cabe duda de que Valle-Inclán detestaba a Primo de Rivera y a Alfonso XIII: «El beodo y el cretino se entienden perfectamente», decía sobre ellos en 1924 en una entrevista (LIMA, 1988: 334), coincidiendo con el destierro de su amigo Unamuno. Él mismo fue encarcelado en dos ocasiones durante la primavera de 1929. La primera vez fue detenido sin que mediara razón alguna y estuvo tres días en prisión. La segunda, sin embargo, fue más grave, según el propio escritor: «Los agentes llevaban intenciones siniestras. Si hubiera sido un obrero, un desconocido, sólo Dios sabe lo que ocurre... Pero a mí no se me escamotea fácilmente» (LIMA, 1988: 337). En esa ocasión Primo de Rivera publicó en su propio descargo una de sus célebres notas en la que explicaba que no le había quedado más remedio que encarcelar al «eximio escritor y extravagante ciudadano» (FERNÁNDEZ ALMAGRO, 2007: 170). Esa desafortunada nota, no obstante, dio lugar a una afortunada respuesta del aludido, en la que, además, se retrata con acierto: «Está bien lo que dice [...], porque no sabe castellano. Él quería decir que yo soy un ciudadano «estrafalario», y ha dicho «extravagante». Extravagante lo soy porque tiendo siempre a viajar fuera del camino por donde las gentes van» (LIMA, 1988: 337).

Resulta perfectamente comprensible, por tanto, que el escritor firmase el pacto de San Sebastián, el 14 de octubre de 1930. Si bien nunca había tomado parte activa en la política, pronto se convirtió en un referente para aquellos que anhelaban el advenimiento de la República. De ahí la sorpresa de algunos ante la actitud contestataria que adoptó con frecuencia hacia el nuevo régimen desde el mismo día de su proclamación<sup>17</sup>. Fernández Almagro (2007: 193), cuya opinión sobre este tema no puede tenerse por imparcial debido a su notorio anti-republicanismo, probablemente acierta, sin embargo, al definir a Valle-Inclán como el «antipartido»:

*Era suficiente que la República imperase en España para que Valle-Inclán se sintiera lanzado a la oposición. [...] Su frente de ataque era amplio y ondulante, rico en argumentos para todos los gustos o necesidades de la polémica, como cumplía a su espíritu de contradicción. Discutiendo con un republicano conservador, Valle-Inclán exaltaba el ímpetu revolucionario de la República; con el republicano de extrema izquierda, Valle-Inclán abominaba de un régimen que carecía de prudencia y autoridad.*

<sup>16</sup> A este respecto, Valle hace decir lo siguiente al marqués de Bradomín en la *Sonata de invierno* (2007: 200): «Yo hallé siempre más bella la majestad caída que sentada en el trono, y fui defensor de la tradición por estética. El carlismo tiene para mí el encanto solemne de las grandes catedrales, y aun en los tiempos de la guerra, me hubiera contentado con que lo declarasen monumento nacional».

<sup>17</sup> Cuenta Carabias (1999: 101) que estaba en el Ateneo el 14 de abril de 1931 cuando alguien llegó anunciando que Valle-Inclán se había pasado a la oposición: «Me lo acabo de encontrar en la calle Carretas y me ha dicho: “Vengo de ahí arriba de soltarles cuatro frescas a esos sinvergüenzas”». Como explica Carabias, «ahí arriba» era el Ministerio de la Gobernación, y «esos sinvergüenzas» no eran otros que el recién proclamado Gobierno provisional de la República: «Han perdido la única ocasión de hacer la revolución que ha tenido España. En lugar de eso, han hecho un Martes de Carnaval y ahora se disponen a hacer una república de brasero y mesa camilla», explicaba Valle (CARABIAS, 1999: 102).

¿Estaba, pues, Valle-Inclán en contra de la República? La verdad es que no. Muchas de sus declaraciones podían producir esa impresión, pero, como ya vamos viendo, no todo lo que el escritor decía se podía tomar totalmente en serio; porque a veces, como señalaba Azaña (2000: 136), era «muy pueril y fantástico». No obstante, a la hora de la verdad, cuando pasaban por sus peores horas, Valle salió en defensa de la República y del propio Azaña, al que, entre el 22 de marzo y el 8 de agosto de 1935, le escribiría cuatro cartas en las que le mostraba su apoyo ante la campaña que había lanzado contra él la derecha parlamentaria<sup>18</sup> y le transmitía las esperanzas que tenía puestas en su liderazgo (HORMIGÓN, 1987: 631): «La persecución de que usted viene siendo víctima, sin duda le ha valido muchos fieles, y la posición izquierdista muchos entusiastas». Sin embargo, decía tener por el mejor augurio el apoyo que le mostraban a Azaña aquellos que lo «tragan haciendo muecas y cerrando los ojos», como el aceite de bacalao (HORMIGÓN, 1987: 631): «Es posible que Lenin le inspire a el pueblo ruso una fe áspera y confortadora como esta que usted hace nacer en el pueblo español».

Pero, además de en su correspondencia, Valle también defendió a Azaña públicamente. De hecho, como hemos visto, su última publicación en vida fue el artículo «*Mi rebelión en Barcelona* (nota literaria)», que el 2 de octubre de 1935 aparecía en *Ahora*. En él comenta el libro de Azaña que lleva ese título y compara la figura del político republicano con la de Olázaga, presidente del Consejo de Ministros durante el reinado de Isabel II acusado injustamente y procesado, como Azaña. En ese artículo, una suerte de «J'Accuse...!» valleinclasno, el escritor critica el proceso contra Azaña —«El aura inquisitorial de estos autos es una consecuencia del vil sectarismo que anima la represalia ultramontana contra el político del primer bienio republicano» (VALLE-INCLÁN, 1992: 461)— y ensalza su figura de líder: «En la vida nada se pierde, y el haber sufrido hambre y sed de justicia es siempre provechosa enseñanza para aquellos hombres singulares, propuestos por el Destino para la gobernación de los Estados» (VALLE-INCLÁN, 1992: 462).

Esa querencia de un líder fuerte señalado por la Providencia no es nueva en el *totum revolutum* del ideario político valleinclasno. En cierta ocasión había dicho el escritor: «En el siglo XIX la historia de España la pudo escribir don Carlos; en el siglo XX, la historia del mundo la está escribiendo Lenin» (CAUDET ROCA, 2016: 116). Sobre estas palabras Caudet (2016: 116) afirma: «Grotesca, en apariencia, esta asociación del pretendiente don Carlos con Lenin, pero no en la ideología valleinclasca arraigadamente romántica y heroica»<sup>19</sup>. Esa visión romántica de la revolución y de los líderes fuertes, como Lenin, no era nueva. En otra ocasión ya había declarado: «Sin héroes no hay historia» (LIMA, 1988: 190). No obstante, y a pesar de haber alabado también en alguna ocasión a Mussolini y el fascismo italiano (MARTÍNEZ TORRÓN, 2015: 36), en una entrevista en *La Voz*, publi-

<sup>18</sup> En febrero de 1935 el Congreso —con los diputados de izquierdas ausentes— había aprobado un acta de acusación contra Azaña por facilitar armas a la revolución portuguesa (HORMIGÓN, 1987: 621).

<sup>19</sup> Ya vimos, por otra parte, su insatisfacción por el carácter pacífico del advenimiento de la República. «No pueden hacerse revoluciones a medias», le escribía Valle a Alfonso Reyes en 1923 (HORMIGÓN, 1987: 562). Y en 1926, en el banquete celebrado con ocasión de la publicación de *La nueva Rusia*, de Álvarez del Vayo, había dicho que Rusia era «el futuro del mundo» (LIMA, 1988: 151).

cada el 3 de febrero de 1934 y recogida por Javier y Joaquín del Valle-Inclán (1994: 603-606), Valle no sólo decía que cada país debe hacer la revolución a su manera y que ni el fascismo italiano ni el comunismo ruso eran aplicables a España, sino que defendía la República y advertía de «la amenaza de dos fuerzas que intentan asaltarla», aunque confiaba en «que unas y otras, en la hora de la lucha —si llega—, pondrán por encima de sus ideales [...] la salvación de la República, y con ella, España». Lamentablemente, se equivocaba en esto último, aunque no tuvo ocasión de comprobarlo.

En cualquier caso, a partir de esta entrevista y de sus cartas y artículos en defensa de Azaña podemos concluir que, aunque le gustara perderse en ensoñaciones románticas de revoluciones, guerras<sup>20</sup> y líderes providenciales, en la práctica nunca dejó de apoyar la República, a pesar de las críticas, que en él eran consustanciales, contra el nuevo régimen.

### 4.3. Construyendo una República

Como hemos visto, no se podía esperar de Valle-Inclán una adhesión incondicional a institución o régimen alguno, siendo como era un excelente polemista y un infatigable provocador. Por eso, Chaves Nogales duda del éxito de su candidatura, aunque no deje por ello de defenderla. El periodista (1933: 7) argumentaba que es normal que en sus comienzos un régimen que intenta imponer su orden al anterior confíe los cargos públicos a peones fieles y exactos, pero «entonces no se hacen nombramientos de directores de Academia de Bellas Artes, sino de jefes de Policía, de ingenieros jefe y de agentes comerciales». Señalaba que imponer «el visto bueno de los Comités de barrio» a toda la actividad espiritual podía llevar a la República a «esa adustez que ya alguien ha señalado, ese aire triste que poco a poco va tomando». Y advertía del peligro de seguir el ejemplo soviético: «Aquel gran «bluff» del arte proletario que con fines propagandísticos lanzaron los bolcheviques al incautarse del poder, no debe equivocarnos respecto de la misión de la República». Dice que lo esencial es construir un Estado fuerte que, posteriormente, con el tiempo, se infiltre poco a poco en las actividades espirituales y ejerza ocasionalmente de mecenas. Finalmente, culmina su argumento el periodista con una irónica reducción al absurdo: «Es decir, que si la República está en tal pie de guerra que no puede permitirse el lujo de tener un hombre tan insolidario de la obra común como don Ramón del Valle Inclán en la Academia de Roma, no tiene por qué nombrar director de la Academia de Roma».

Asimismo, de acuerdo con sus convicciones de «pequeño burgués liberal»<sup>21</sup> (CHAVES NOGALES, 1993 II: 601), el periodista sevillano (1933: 7) asegura que la tolerancia es ine-

<sup>20</sup> «Yo amo la guerra», había dicho en una conferencia en West Point en 1921 (LLERA, 2015: 30). Y, dieciséis años antes, en la *Sonata de invierno* (2007: 187), había puesto esto en boca de su Bradomín: «Yo siento, también, que el horror es bello, y amo la púrpura gloriosa de la sangre, y el saqueo de los pueblos, y a los viejos soldados crueles, y los que violan doncellas, y los que incendian mieses».

<sup>21</sup> Como señala Moreno Luzón (2008: 725), durante el siglo xx el término *liberal* ha admitido significados muy diversos. Según Moreno (2008, 729), hasta la dictadura de Primo de Rivera era normal encontrar «monárquicos avanzados» y republicanos que se definían como liberales (2008: 727): «La defensa de la libertad, o de las libertades, se asociaba entonces a las izquierdas, amigos del progreso y de la europeización del país, frente a unas

ludible para un sistema que se quiere democrático: «La capacidad de convivencia con los heterodoxos y de homenaje a sus valores es la esencia misma del régimen». Señala que era perfectamente lógico que la Monarquía no tolerase a un hombre como Valle-Inclán, «pero la República tiene el deber de buscarlo, porque son hombres así, precisamente así, los que justifican el advenimiento del régimen». Es decir, que la República no podía ser, como lo había sido la Monarquía, un régimen en guerra con los disidentes, sino un espacio político en el que convivieran todas las discrepancias.

#### 4.3.1. *Un intelectual liberal, ciudadano de una república democrática y parlamentaria*

Pero, lamentablemente, ése no era el espíritu de los tiempos. Cuando se publicó el artículo de Chaves, a comienzos de 1933, la República, cuyo advenimiento apenas hacía dos años había sido recibido con entusiasmo en las calles de Madrid, ya comenzaba a mostrar inquietantes grietas en sus cimientos. En agosto de 1932 se había producido un intento de pronunciamiento militar encabezado por el general Sanjurjo que el Gobierno desactivó sin mayores dificultades, pero que mostraba el grado de desafección que una buena parte de la derecha sentía por el nuevo régimen y que no haría sino crecer en los años siguientes. Por la izquierda las perspectivas tampoco eran halagüeñas para la República. En enero de 1933 se produjo una ola de rebeliones anarcosindicalistas que dio lugar a la proclamación del comunismo libertario en varios pueblos, fundamentalmente, del Levante y Andalucía. El caso más paradigmático, por su trágico final, fue el de Casas Viejas, que contribuyó decisivamente a la caída del gobierno de Manuel Azaña (JULIÁ, 2007: 505)<sup>22</sup>.

Además, la recién nacida República española navegaba contra corriente en el escenario internacional. El nazismo alemán, el fascismo italiano y el comunismo ruso ofrecían quimeras a los españoles más radicales. Y Chaves Nogales era ya en 1933 muy consciente del peligro que acechaba al nuevo régimen a izquierda y derecha. De ello da testimonio Pío Baroja en sus memorias (2006: 350). Cuenta que un día, en la Navidad de 1932, estando en casa de Chaves, un ático en la Cuesta de san Vicente con vistas al Palacio Real y el Campo del Moro, le decía:

—Amigo, ¡vaya una casa que tiene usted! ¡Qué panorama! Yo creo que viviendo en un sitio así no saldría a la calle nunca.

—Sí, esto está bien, no cabe duda; pero yo tengo la impresión de que todo esto es pasajero. Nosotros acabaremos en una buhardilla pobre de una callejuela de París.

derechas motejadas de reaccionarias, oscurantistas o incluso ultramontanas». Sin embargo, continúa, «ahogada la Monarquía constitucional a manos de una dictadura militar en los años veinte, el grueso de los liberales se concentró de manera progresiva en el campo republicano». Azaña, que era probablemente el político más próximo ideológicamente a Chaves Nogales, aseguraba en 1925: «El liberalismo reclama para existir la democracia» (MORENO LUZÓN, 2008: 729).

<sup>22</sup> Chaves Nogales identificaba así a los responsables del ambiente que se respiraba en Sevilla aquellos días y que «dio calor a la sanjurjada»: «[...] toda esa fauna de pistoleros flamencos, señoritos comunistas, reaccionarios de rifle y flor de lis, incendiarios profesionales, gente toda —de la derecha y de la izquierda— con un solo designio: hundir el régimen republicano» (2013: 1418).

—Pero, hombre, ¿por qué?

—Así lo creo.

—Pero ¿por qué?

—Esto de la República no marcha.

—Sí, puede ser, pero ¿hay algo en contra fuerte?

—Claro que lo hay.

—Yo no estoy enterado.

—Naturalmente, usted apenas sale de casa; pero esto marcha mal. Los conservadores y los reaccionarios, que al principio estaban asustados, van ganando terreno. Y, por otro lado, los comunistas están deseando que haya agitación para ver si dan un golpe a estilo ruso.

En el propio artículo en defensa de Valle-Inclán hace el periodista una crítica explícita al comunismo ruso: «Quédese para los comunistas esa táctica guerrera de aislar a los intelectuales y apartarles de la cosa pública como si fuesen apestados; [...] ya que tienen miedo de que la «intelligentzia» les corrompa la disciplina» (1933: 7). Sabía bien de lo que hablaba. A diferencia de tantos otros intelectuales españoles de izquierda, Chaves no había vuelto enamorado del comunismo soviético tras su viaje a Rusia, en 1928. Al contrario: en las crónicas que fue enviando al *Heraldo de Madrid*, que constituyen su reportaje «La vuelta a Europa en avión: un pequeño burgués en la Rusia roja», denunciaba la pobreza, la explotación, el nacionalismo, el fuerte militarismo y el papel protagonista que desempeñaba la policía política en el régimen comunista (1993 I: 450):

*Su poder es omnímodo en toda Rusia. El «guepeú» asume todos los poderes y disfruta de la más absoluta inviolabilidad. Esto ha garantizado el orden, cosa que a la gente de temperamento conservador quizá le satisfaga plenamente. Pero los que estamos espiritualmente más cerca de los delincuentes que de la Policía, sentimos cierta angustia al advertir que hay unos individuos privilegiados que tienen en sus manos todos nuestros derechos y nuestras libertades. El hombre netamente liberal no abdica esto ante ninguna garantía de orden, por fuerte que sea.*

En cuanto al fascismo y el nazismo, si bien ya los había criticado anteriormente, no sería, precisamente, hasta un par de meses después de escribir el artículo sobre Valle-Inclán cuando tomaría su verdadera medida con un viaje por la Alemania nazi y la Italia fascista, que tuvo como resultado la publicación del reportaje «Cómo se vive en los países de régimen fascista», publicado en *Ahora* entre el 14 y el 28 de mayo de 1933. En él Chaves denuncia la represión policial, el militarismo, la persecución de los judíos, el uso de la propaganda... y desmitifica la figura de Hitler, «un pintor que no sabía pintar», y del resto de dictadores de su tiempo (2013: 480-481):

*Cada vez se ve con más claridad que para esta faena de gobernar dictatorially los pueblos no son precisas unas dotes excepcionales. Los grandes conductores de pueblos que nos llegaban a través de la Historia se nos antojaban seres casi sobrenaturales. Ahora resulta que no; que un señor con gabardina que no acierta a pintar un cuadro decorosamente, puede, merced a unas circunstancias providenciales, convertirse en uno de los seres señeros de la Humanidad; el mismo caso se ha repetido ya en Rusia, donde unos teorizantes medio-*

*cres han construido un formidable imperio, y en Italia, donde un periodista amanerado ha puesto en pie un país.*<sup>23</sup>

El periodista ahondaría en su crítica a las dictaduras pocos días después de volver de su viaje por Alemania en una conferencia dictada en el Ateneo de Sevilla bajo el título «Cómo se acaba con una República: del comunismo ruso al fascismo alemán». De dicha conferencia sólo nos ha llegado la información publicada por *El Liberal* de Sevilla el 24 de junio de 1936. Según la misma (CHAVES NOGALES, 2012: 141-148), Chaves dice que ha conocido de cerca «las dictaduras roja, negra y parda, y que es enemigo de todas ellas porque rebajan la dignidad del hombre». Y añade, siempre según la noticia de *El Liberal*, que «no hay en el mundo más que un régimen posible: el de la República democrática, tolerante y comprensiva». Una República, podríamos añadir, en la que hubiera sitio para alguien como Valle-Inclán.

Para resumir la postura que el periodista sevillano adoptó durante toda su vida ante los acontecimientos políticos de su época, nos vasta acudir al prólogo de *A sangre y fuego* (1993 II: 601-697):

*Yo era eso que los sociólogos llaman un «pequeño burgués liberal», ciudadano de una República democrática y parlamentaria. [...] Antifascista y antirrevolucionario por temperamento, me negaba sistemáticamente a creer en la virtud salutífera de las grandes conmociones [...]. En realidad, y prescindiendo de toda prosopopeya, mi única y humilde verdad [...] era un odio insuperable a la estupidez y a la crueldad; es decir, una aversión natural al único pecado que para mí existe, el pecado contra la inteligencia, el pecado contra el Espíritu Santo.*<sup>24</sup>

#### 4.4. Don Ramón, discrepante

No es de extrañar, pues, que Chaves sintiera simpatía por ese «viejo irreverente e iconoclasta» que era don Ramón del Valle-Inclán, quien, independientemente de la posición política o estética que defendiera, lo hacía siempre por su cuenta y riesgo, aunque tuviese que llevar la contraria a la mayoría o a quien ostentaba algún poder o disfrutaba de cierta fama. Ése es precisamente el tercer argumento que esgrime Chaves en defensa de Valle frente a la hipocresía de aquellos que pretenden sabotear su candidatura (1933: 7):

<sup>23</sup> Este afán desmitificador recuerda a lo que Hannah Arendt diría años más tarde, en octubre de 1973, en una entrevista para la televisión francesa con Roger Errera. Decía Arendt (2010: 113-114) que cuando escribió *Eichmann en Jerusalén*, una de sus intenciones era «destruir la leyenda sobre la grandeza del mal, sobre su fuerza demoníaca, hacer que la gente dejara de sentir admiración por los grandes malvados, como Ricardo III y demás», y recuerda que Bertolt Brecht había escrito que «los grandes criminales políticos deben ser abandonados, especialmente al ridículo». En esa línea, Arendt concluye que, si no se quiere perder la perspectiva de las cosas, conviene no olvidar que un criminal político, «haga lo que haga, y por más que matase a diez millones de personas, [...] sigue siendo un payaso».

<sup>24</sup> Esta declaración recuerda a la que hace Voltaire en su *Tratado de la tolerancia* (1984: 174-175): «Caridad, amor al género humano; virtud desconocida de los embaucadores, de los pedantes y de los fanáticos que persiguen».

*Él salía a jugarse sus barbas en el entierro de Echegaray, para gritar a los que iban reverentes en el fúnebre cortejo: «Eze «fiambre» era un idiota»; él mereció ser linchado por los valencianos el día que murió Blasco Ibáñez y se atrevió a decir que no se había muerto de verdad, que la noticia de la muerte era un camelo más para hacerse el reclamo.*

Por el contrario, continúa, «los que hoy le pagan en su misma moneda son plausibles, sensatos, razonables, cucos; todos le admiran, todos le quieren... ¡Qué les va usted a decir a ellos de don Ramón!». La actitud de Marañón, quien había apoyado al escritor en público pero luego promovió la candidatura de Macho (SANTOS, 2010: 90-91), podría valer de ejemplo para ilustrar el «filisteísmo» hacia la candidatura de Valle que Chaves denuncia: «¿Es que no han ido a su mesa del café todos esos que hoy le regatean el cargo para aprender de sus labios las cosas que han hecho posible la República?». Y vaticinaba que todos esos que se oponían a la candidatura del escritor gallego esperarían a rendirle homenaje cuando estuviera muerto: «[...] ya verán ustedes qué opulento entierro y qué aparatosos traslados de restos y qué encendidas devociones» (1933:7).

En cuanto al carácter irreverente de Valle-Inclán, abundan las anécdotas que lo retratan, de las cuales ya hemos visto algunas en este artículo. Pero acaso la que mejor ilustre su carácter de discrepante sea la que, según Josefina Carabias (1980: 37-40; 1999: 93-97), tuvo lugar tras el mitin que se celebró en la Plaza de Toros de Madrid el 28 de septiembre de 1930, en el que intervinieron los más importantes líderes republicanos. Carabias, que por entonces vivía en la Residencia de Estudiantes y tenía prohibido asistir a actos multitudinarios, cuenta que Valle se ofreció a acompañarla al mitin. A ella no sólo le alagaba la idea de acompañar al ilustre escritor, sino que le parecía que era lo más seguro, puesto que Valle era admirado entre las masas republicanas y, además, se sentaría en el palco. Pero pronto se dio cuenta de que no podía estar en un lugar menos seguro en aquella plaza que junto a don Ramón. Aunque al llegar al palco el escritor gallego se llevó una gran ovación, «el espíritu crítico de Valle Inclán no abdicaba por tan poca cosa»: envuelto por aquel ambiente de entusiasmo multitudinario su carácter no podía sino rebelarse, y pronto empezaron las críticas. Los primeros en ser víctimas de la irreverencia valleinclanesca fueron un grupo de hombres tocados con gorros frigos: «¿Quiénes serán esos mamarrachos?», dijo indignado. En otro momento, uno de los oradores nombró a Blasco Ibáñez. La reacción de Valle no se hizo esperar: «¡Ya sabía yo que aquí iban a hablarnos de aquel analfabeto desvergonzado!». Por suerte, los aplausos de los valencianos, que abundaban en la plaza, solaparon sus palabras.

Las críticas siguieron toda la tarde. Hasta que intervino Manuel Azaña. Fue en ese discurso cuando Azaña, todavía un hombre prácticamente desconocido para la mayoría, pronunció la famosa frase: «No: la libertad no hace felices a los hombres; los hace simplemente hombres»<sup>25</sup>. La intervención no fue acogida con tanto entusiasmo como las anteriores por el público, con la excepción de Valle-Inclán, que sólo tuvo palabras de elogio para don Manuel: «¡Éste es la cabeza mejor amueblada de la República! ¡Y la gente sin enterarse! ¡Claro, como no brama como Lerroux, ni gimotea como Marcelino, ni hace trémulos con la voz como otros, pues no hará carrera política! ¡Ya lo veréis!». Pero las buenas

<sup>25</sup> ANÓN. (1930), «El emocionante acto antidinástico ayer en Madrid», *Heraldo de Madrid*, 29.9.1930, p. 4.

palabras duraron lo que tardó en encontrarse con Azaña en persona a la salida del mitin. Don Manuel caminaba solo, anónimo entre la masa, de vuelta a casa y Carabias y Valle se acercaron a saludarlo. Entonces Azaña le preguntó a don Ramón qué le había parecido el mitin. Y la respuesta no pudo ser más valleinclanesca:

*¡Ha estado usted muy mal! [...] ha dicho usted que «la libertad no hace felices a los hombres». Usted tenía que haber dicho que la libertad y la República nos van a hacer felices a todos. Ya sabemos que no es así, que ni la República ni ninguno de los que estaban hablando allí nos pueden hacer felices. Pero su obligación era decirlo. ¿Se imagina usted a esos pobres hombres que han venido desde Valencia o desde Sevilla o a pie desde los pueblos más cercanos, cuando vuelvan a sus casas y les digan a sus convecinos: «Todo estuvo muy bonito, pero de pronto salió un señor calvo, con anteojos y dijo que la República no nos va a hacer felices» [CARABIAS, 1980: 39-40]*

No es de extrañar, pues, que Valle tuviera fama de meterse con todo el mundo, pero Carabias (1999: 87-88, 104), quien lo trató con frecuencia, asegura que no era así: «Es cierto que se metía a fondo con algunas gentes, pero era siempre con los fatuos, con los engréidos, con los necios, con los que tienen éxito sin merecerlo y, sobre todo, con los pedantes». En cambio, asegura, «guardaba unas deferencias conmovedoras hacia ciertas personas a quienes nadie hacía caso y, en general, era cordial con todo el mundo»<sup>26</sup>. Podríamos decir que el escritor gallego tenía un carácter quijotesco<sup>27</sup>. Borges dijo en alguna ocasión que Alonso Quijano «quiso ser don Quijote y lo fue alguna vez»<sup>28</sup>. Otro tanto se podría decir de Valle-Inclán. Carabias (1999: 87,91,105) nos habla de su sencillez y su desdén por el dinero. Y Sender (1965: 23) asegura que su nobleza no era de blasones: «Una nobleza de hombre de imaginación con sus pies en la tierra. Se había hecho una idea de sí mismo y le era fiel. No admitía compromisos ni dudas en ese terreno. Vivía el sueño de su vida con una cuidadosa dignidad». También Pío Baroja (CARABIAS, 1999: 80) muestra admiración por la integridad del gallego como escritor: «Así era Valle-Inclán, un hombre que por encima de sus defectos, (para mí tenía muchos) poseía una cualidad admirable en un escritor: la de hacer lo que él creía que estaba bien, lo que debía hacerse aun a riesgo de que no gustase a nadie». En este sentido, Gómez de la Serna (1959: 87) refiere una conversación entre Valle-Inclán y un joven escritor que se quejaba de que era difícil ganar dinero con la literatura, incluso para el mismo Valle; quien le respondió: «[...] nunca he sentido una voz que me diga: “No seas pobre” o “Hazte rico”... Sólo he oído la voz que me aconseja: “Sé independiente”». Seguía, en definitiva, Valle el consejo de Polonio a su hijo Laertes: «Sobre todo, sé fiel a ti mismo, y a esto le ha de seguir, como a la noche el día, que no podrás ser deshonesto con nadie»<sup>29</sup>. Y

<sup>26</sup> Recordemos la declaración del Marqués de Bradomín en la *Sonata de invierno* (2007: 200): «Yo hallé siempre más bella la majestad caída que sentada en el trono».

<sup>27</sup> Gómez de la Serna (1959: 216) lo califica de «hidalgo entretenido y genial que al no ser hora de conquistas se apaciguó en la poesía».

<sup>28</sup> Borges, Jorge Luis (1976) [DVD]. *Grandes personajes a fondo: Jorge Luis Borges*. Dir. y presentador Joaquín Soler Serrano. Prod. RTVE. Ed. Editrama/Gran Vía Musical/Impulso Records. 157'.

<sup>29</sup> «This above all to thine own self be true./And it must follow, as the night the day./Thou canst not then be false to any man» (*Hamlet*, I, 3: 78-80).

valga para rematar el retrato de este Quijote, siempre en juego con su imaginación, el relato de Ramiro de Maeztu de su primer encuentro con el escritor gallego:

*Paseaba yo un día con Manolo Bueno por la calle de Alcalá. [...] De pronto vi una extraña figura, una cara pálida, de cera; una barba que salía de un cuello extraño y una melena que caía sobre la espalda, en desorden, y unos lentes. El hombre se defendía con el bastón de tres o cuatro jóvenes que lo agredían. Manolo Bueno me dijo: «Es Valle-Inclán; vamos a defenderlo». Nosotros interpusimos nuestros bastones. Y recuerdo que el hombre de la barba me dijo: «Hidalgo: échese a la pared; cierre contra estos villanos». Era febrero del 97.<sup>30</sup>*

## 5. CONCLUSIÓN

Es comprensible, por tanto, la simpatía y la admiración que don Ramón del Valle-Inclán despertaba en Chaves Nogales, a pesar de tratarse de dos caracteres bien distintos: el uno, provocador, fantasioso, extravagante; el otro, moderado, sensato, conciliador. Pero por encima de todo eso estaba el fervor que el periodista sentía por la inteligencia y la gracia, así como su vocación democrática, volteriana, que le hacía aborrecer el pensamiento único y la intolerancia; y, por tanto, celebrar a quien, como Valle-Inclán, se empeñaba en ser independiente y en oponerse, adarga abrazada y lanza en mano, a la opinión de la mayoría. No era, además, la primera vez que Chaves manifestaba su admiración por un carácter quijotesco, como muestra su elogio a Luis Bello publicado en el *Heraldo* en 1926, cuando éste recorría el país afanándose en contar el estado de las escuelas (CHAVES NOGALES, 2013: 1392-1394):

*Bello es hombre de cuerpo limpio, vulnerable, indefenso ante la vida difícil de ahora; se le ve en seguida que lleva puesta una celada de papelón y engrudo. Y cuando hasta los más fuertes se esconden y atrincheran y cada cual busca una mesnada a la que enrolarse, atentos todos a su codicia y su seguridad, maravilla ver a este hombre ejemplar que anda solo dando zancajos por ahí con su prédica inusitada.*

Nada había más reprochable para el periodista sevillano que el «miedo odioso del sectario al hombre libre e independiente» (1993 II: 837). Y, al igual que Luis Bello, para Chaves, Valle-Inclán representaba justo lo contrario al sectarismo: el carácter imaginativo, desenfadado, provocador, iconoclasta... Y en eso basa el periodista su alegato a favor de Valle: en la convicción de que la República era, o debía ser, un régimen que tolerara, e incluso promoviera, la discrepancia.

Lamentablemente, la predicción que Chaves hizo en su casa en presencia de Baroja habría de cumplirse. Pero Valle no llegaría a verlo: la muerte se lo llevó unos meses antes de la sublevación militar. No tuvo ocasión de poner a prueba su otrora declarado amor por la guerra. Chaves Nogales, que nunca profesó tal amor, se mantuvo en su puesto defendiendo la República en la que creía hasta que, sintiéndose ahogado por la sangre de-

<sup>30</sup> ANÓN. (1936), «Algunos juicios acerca de Valle-Inclán», *Ahora*, 7.1.1936, p. 6.

rramada en ambos bandos, tuvo «la íntima convicción de que todo estaba perdido y no había nada que salvar» (1993 II: 603). No obstante, nunca cejó en su lucha intelectual, en esa lucha «que no tiene patrias ni fronteras porque no es sino la lucha de la barbarie contra la civilización, de las fuerzas de destrucción contra el espíritu de conservación de la humanidad, de la mentira contra la verdad...» (CHAVES NOGALES, 2013: 1705). Bien le podrían valer al periodista los versos del poema *La llarga nit*, de Vicent Andrés Estellés (1993):

[...] *i tu sols estaràs despert,  
i tu estaràs despert per tots.  
No t'han parit per a dormir:  
et pariren per a vetlar  
en la llarga nit del teu poble.*

Chaves Nogales permaneció en vela mientras que muchos españoles soñaban con ínsulas ideales, y defendió a un Valle-Inclán que se negó a dormir en el confortable colchón de la unanimidad. Eran, a su manera, un Sancho y un Quijote en una España que caminaba, so-námbula, hacia el desastre.

## 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBERCA, MANUEL (2015). *La espada y la palabra: vida de Valle-Inclán*, Barcelona, Tusquets.
- ANDRÉS ESTELLÉS, VICENT (1993). *Llibre de meravelles*, Valencia, Tres i Quatre.
- ANÓN, (1936). «Algunos juicios acerca de Valle-Inclán», *Ahora*, 7.1.1936. p. 6.
- ANÓN, (1936). s.t., *Ahora*, 7.1.1936. p. 4.
- ANÓN, (1930). «El emocionante acto antidinástico ayer en Madrid», *Heraldo de Madrid*, 29.9.1930, p. 4.
- ARENDT, HANNAH (2010). *Lo que quiero es comprender: sobre mi vida y mi obra*, Madrid, Trotta.
- AZAÑA, MANUEL (2000). *Diarios completos: Monarquía, República, Guerra Civil*, Barcelona, Crítica.
- BAROJA, PÍO (2006). *Desde la última vuelta del camino*, vol. II, Barcelona, Tusquets.
- BORGES, JORGE LUIS (1976) [DVD]. *Grandes personajes a fondo: Jorge Luis Borges*, Dir. y presentador Joaquín Soler Serrano, Prod, RTVE, Ed, Editrama/Gran Vía Musical/Impulso Records, 157'.
- CARABIAS, JOSEFINA (1980). *Azaña: los que los llamábamos don Manuel*, Barcelona, Plaza & Janés.
- CARABIAS, JOSEFINA (1999). *Como yo los he visto: Encuentros con Valle-Inclán, Unamuno, Baroja, Marañón, Pastora Imperio, Ramiro de Maeztu y Belmonte*, Madrid, El País.
- CAUDET ROCA, FRANCISCO (2016). *Tirano Banderas de Valle-Inclán: el paradigma sistémico de las dictaduras hispánicas*, Berlín, Logos.
- CHAVES NOGALES, MANUEL (1933). «Don Ramón, “enchufista”», *Ahora*, 1.2.1933, p. 7.
- CHAVES NOGALES, MANUEL (1993). *Obra narrativa completa*, vol. I, Sevilla, Diputación de Sevilla.
- CHAVES NOGALES, MANUEL (1993). *Obra narrativa completa*, vol. II, Sevilla, Diputación de Sevilla.
- CHAVES NOGALES, MANUEL (2012). *Bajo el signo de la esvástica: cómo se vive en los países de régimen fascista*, Córdoba, Almuzara.
- CHAVES NOGALES, MANUEL (2013). *Obra periodística*, 3 vols. Sevilla, Diputación de Sevilla, Servicio de Archivo y Publicaciones.
- CINTAS GUILLÉN, MARÍA ISABEL (2011). *Chaves Nogales: el oficio de contar*, Sevilla, Fundación José Manuel Larra.

- FERNÁNDEZ ALMAGRO, MELCHOR (2007). *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Pamplona, Uergoiti.
- FUENTES, JUAN FRANCISCO (2007). «La II República», *Historia del siglo xx* Universidad Complutense de Madrid, Segundo cuatrimestre del curso 2006/2007, s.f..
- GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN (1959). *Don Ramón María del Valle-Inclán*, Madrid, Espasa-Calpe.
- HORMIGÓN, JUAN ANTONIO (1987). *Valle-Inclán: cronología, escritos dispersos, epistolario*, Madrid, Fundación Banco Exterior.
- JULIÁ, SANTOS (2007). «Edad contemporánea», en Julio Valdeón, Joseph Pérez y Santos Juliá, *Historia de España*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 365-578.
- LARRA, MARIANO JOSÉ DE (2006). *Artículos de costumbres*, Madrid, Espasa Calpe.
- LAVAUD-FAGE, ELIANE (1992). «Introducción», en Ramón del Valle-Inclán, *Colaboraciones periódicas*, Barcelona, Círculo de Lectores, pp. 17-56.
- LIMA, ROBERT (1988). *Valle-Inclán: The Theatre of His Life*, Columbia, University of Missouri Press.
- LLERA, JOSÉ ANTONIO (2015). «El águila y el topo: Valle-Inclán y Gaziél ante la gran guerra», *Cuadernos hispanoamericanos*, n.º 784, pp. 14-33.
- MARTÍNEZ TORRÓN, DIEGO (2015). *Valle-Inclán y su leyenda: al hilo de El ruedo ibérico*, Granada, Comares.
- MORENO LUZÓN, JAVIER (2008). «Liberalismo», en Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo xx español*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 725-733.
- RUBIO JIMÉNEZ, JESÚS y DEAÑO GAMALLO, ANTONIO (2011). *Ramón del Valle-Inclán y Josefina Blanco: el pedestal de los sueños*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza.
- SANTOS ZAS, MARGARITA (dir.) (2010). *Todo Valle-Inclán en Roma (1933-1936). Edición, anotación, índices y facsímiles*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela.
- SCHIAVO, LEDA (1990). «El coto de los Carvajales en el *Heraldo de Madrid*», *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, año 4, n.º 7-8, diciembre, pp. 143-145.
- SENDER, RAMÓN JOSÉ (1965). *Valle Inclán y la dificultad de la tragedia*, Madrid, Gredos.
- SHAKESPEARE, WILLIAM (1987). *Hamlet*, Oxford, Oxford University Press.
- VALLE-INCLÁN, JOAQUÍN DEL (ed.) (2008). *Valle-Inclán inédito*, Madrid, Espasa.
- VALLE-INCLÁN, JOAQUÍN DEL y VALLE-INCLÁN, JAVIER DEL (eds.) (1994). *Ramón María del Valle-Inclán: entrevistas, conferencias y cartas*, Valencia, Pre-textos.
- VALLE-INCLÁN, RAMÓN DEL (1970). *Cara de plata*, Madrid, Espasa.
- VALLE-INCLÁN, RAMÓN DEL (1992). *Colaboraciones periódicas*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- VALLE-INCLÁN, RAMÓN DEL (1993). *Luces de bohemia*, Madrid, Espasa.
- VALLE-INCLÁN, RAMÓN DEL (2007). *Sonata de Otoño/Sonata de invierno: memorias del marqués de Bradomín*, Madrid, Espasa.
- VOLTAIRE (1984). *Tratado de la tolerancia*, Barcelona, Crítica.

## ANEXO I

CHAVES NOGALES, Manuel (1933): «Don Ramón, “enchufista”», *Ahora*, 1.2.1933, p. 7.

## LA ACADEMIA ESPAÑOLA DE ROMA

# DON RAMÓN, “ENCHUFISTA”

Don Ramón quería ser director de la Academia Española de Bellas Artes de Roma. No sé exactamente por qué se le había metido esto entre ceja y ceja. Pero se le van poniendo las cosas de tal manera, que lo más probable será que se quede sin nombramiento. Los que andan discutiéndoselo y regateándose exponen razones tan plausibles y tan discretas, que aquellos mismos a quienes, en principio, parecía lo más lógico nombrar a don Ramón, por el solo hecho de que don Ramón quisiera ser nombrado, al escuchar las prudentes objeciones del filisteísmo burocrático que ya le va naciendo a la República, se encogen de hombros y venden su cabeza en el acto: “¡Qué me va usted a decir de don Ramón!—responden—. Yo soy uno de sus más fervientes admiradores; pero reconozco.”

Navegan a favor de corriente los que le regatean el cargo. ¡Ea tan vulnerable don Ramón! ¡Ha molestado a tanta gente! ¿Quién, en el mundillo literario que hoy gobierna a España, no ha recibido algún agravio de este viejo genial, que se ha pasado medio siglo maldiciendo por las tertulias de Madrid? En esta feria de los discretos a que se va quedando reducida la República, el viejo bartizas, arbitrario y maldiciente, lleva las de perder. No está afiliado a ningún partido político; no es republicano de toda la vida; en cuanto se descubre le tirarán a la cara que fue carlista; sus admiradores esperan a que se muera para poderle admirar sosegadamente, porque mientras está vivo, siempre habrá que aceptar la posibilidad de verse obligado cualquier día a subirle a las barbas, dejando de lado la admiración literaria; no ofrece, en fin, ninguna garantía de que en el cargo que se le otorgue podrá contar la República con un servidor disciplinado y diligente. No le nombrarán.

Parece, efectivamente, obligado que en los primeros tiempos de un nuevo régimen—en lucha todavía con el anterior—tenga la preocupación de que los cargos públicos sean discernidos escrupulosamente, con arreglo a un estrecho criterio de utilidad en el servicio y de sumisión ciega al Poder constituido. Cuando se ha puesto manos a la tarea de construir de planta un Estado fuerte y disciplinado, es lógica la aspiración de que cada servidor suyo sea un peón fiel y exacto. Pero entonces no se hacen nombramientos de directores de Academias de Bellas Artes, sino de jefes de Policía, de ingenieros jefes y de agentes comerciales. En el período de instauración, de lucha todavía, los regímenes no se preocupan de las direcciones de las Academias más que cuando por necesidades estratégicas de la batalla política tienen que mandar unos comisarios de guerra que las metan en cintura. Aquel gran “bluff” del arte proletario que con fines de propaganda política lanzaron los bolcheviques al incautarse del Poder, no debe equivocarnos respecto de la misión de la República en funciones de más pura espiritualidad que la función política, como son las bellas artes y la literatura. Lo esencial es hacer un Estado fuerte y sano; luego, ese Estado, fuerte ya, se va permitiendo, muy poco a poco, injerirse suavemente en el desenvolvimiento de las actividades espirituales y practicar el mecenazgo. Es decir, que si la República está en tal pie de guerra que no pueda permitirle el lujo de tener a un hombre tan insolitario de la obra común como don Ramón del Valle Inclán en la Academia de Roma, no tiene por qué nombrar director de la Academia de Roma.

Parece muy razonable que se exijan todas esas pruebas de disciplina, utilidad en el servicio y celo, a Buzeda, a Liopia, a Galarza o Palomo. Pero, ¿a don Ramón también? No somos fariseos. Bueno que la República procure cubrir sus cuadros de gobernadores, directores generales y subsecretarios con gente votada exclusivamente a su servicio, gente esclava, de una disciplina de militantes y con una moral de militantes, también. Pero no saquemos las cosas de quicio. Imponer a toda la actividad espiritual de la República el “visto bueno” de los Comités de barrio es lo que puede dar al nuevo régimen esa adustez que ya alguien ha señalado, ese aire triste que poco a poco va tomando. La capacidad de convivencia con los heterodoxos y de homenaje a sus valores es la esencia misma del régimen. Parecía muy lógico que la monarquía no aceptase nunca a un hombre como don Ramón, tal como es; pero la República tiene el deber de buscarlo, porque son hombres así, precisamente así, los que justifican el advenimiento del régimen. Quédate para los comunistas esa táctica guerrera de aislar a los intelectuales y apartarlos de la cosa pública como si fuesen apesados; que los bolcheviques encierren a sus sabios y a sus artistas, como los granjeros encierren sus gallinitas ponedoras, ya que tienen miedo a que la “intelligentzia” les corrompa la disciplina. Para instaurar y defender un régimen democrático, pequeño-burgués, como el nuestro, no es necesaria esta asepsia. Nuestro Estado tiene bastante con enajenar sólo la parte indispensable de la personalidad que necesita para su servicio y puede dejar el libre juego de todo lo demás. Si la República no puede soportar ese saludable papel de destructor que don Ramón se ha atribuido, peor para ella.

Por encima de todas estas consideraciones de orden general queda, naturalmente, la superioridad indiscutible de don Ramón para el cargo a que aspira. Creo firmemente que si Francia hubiese tenido un hombre del volumen genial de don Ramón, a estas horas el mundo estaría lleno con sus barbas y habría peregrinaciones de los más apartados rincones de la Tierra para verle y oírle. ¿Eficacia de don Ramón en el servicio? ¿Es que al lado de ningún otro hombre de España aprenderían mejor los alumnos de la Academia de Roma el hondo sentido de la españolidad? ¿Es que no han ido a su mesa del café todos esos que hoy le regatean al cargo para aprender de sus labios las cosas que han hecho posible la República?

Esto tiene su moraleja; la de que el viejo irreverente e iconoclasta cobra ahora en la misma moneda en que pagó a las glorias nacionales de su tiempo. La única diferencia que existe es la de que él tenía el heroísmo de su impertinencia y su iconoclastia, y los que ahora son irreverentes con él, no. El salía a jugarse sus barbas en el entierro de Echegaray, para gritar a los que iban reverentes en el fúnebre cortejo: “Ese “flambre” era un idiota”; él mereció ser linchado por los valencianos el día que murió Blasco Ibáñez y se atrevió a decir que no se había muerto de verdad, que la noticia de la muerte era un camelo más para hacerse el reclamo. La equivalencia actual de esta iconoclastia heroica de don Ramón es triste; los que hoy le pagan en su misma moneda son plausibles, sensatos, razonables, cuicos; todos le admiran, todos le quieren... ¡Qué tes va usted a decir a ellos de don Ramón!

Uno esperaba no tener que romper lanzas por don Ramón, sino todo lo contrario. La mecánica de las consagraciones oficiales hacía temer que al advenimiento de la República a don Ramón le hubiesen hecho “porque sí”, de golpe y porrazo, archipámpano de las calles, y entonces uno hubiese salido a gritar por las calles: “¡Pero a ese viejo impertinente, por qué se le dan cargos?”

Pero resulta que no es así. Que ¡todavía! la España oficial está en deuda con don Ramón. ¡Que todavía hay que romper lanzas por él! ¿Que no habrá longanimidad para él mientras no se muera!

Eso sí; entonces, cuando se haya muerto, ya verán ustedes qué opulento entierro y qué aparatosos traslados de restos y qué encendidas devociones.

Manuel CHAVES NOGALES